

Crónica polémica

El infierno siguen siendo los demás

JAIIME CASAS

En *Black Music. Free Jazz y conciencia negra* (1959-1967), las eléctricas y furiosas crónicas jazzísticas que aglutinan la esencia del movimiento beatnik y las incipientes contradicciones del estilo de vida hipster, el activista y divulgador LeRoi Jones lanza una idea que pondría en jaque a uno de los axiomas de las tendencias culturales contemporáneas. Esto es, "los hipsters son los demás"; los modernos siempre son los otros: se otean con desdén y con la extraña seguridad de no pertenecer a ese grupo sin mensaje ni discurso; de cartón piedra y de estética veleidosa. Sin embargo, "nos guste o no, todos somos modernos", escribe el cronista refiriéndose a esta histórica tendencia de desmarque por la banda de la autenticidad. Sorteando todas esas innecesarias frivolidades que impone el presente. Aunque, irremediablemente, todos vivimos el tiempo actual.

La imposible tarea de escapar del ahora se antoja un reto propio de la ciencia ficción. En cambio, en este *Indies, hipsters y gafaspastas...*, el periodista Víctor Lenore (Soria, 1972) glosa la que parece ser la cruda realidad de la cultura reciente y el modo en cómo se informa sobre ella. Habla sobre su inexorable y pernicioso propagación a través de la publicidad, la prensa y la oferta de ocio, convertida, dice, en una opción de vida que anula el compromiso político; y lo explica con constantes ejemplos personalizados que a menudo empañan su meditada denuncia sobre la ausencia de una implicación colectiva. El autor suele caer en el comprensible error de crear categorías a partir de su experiencia personal: es un exmoderno, recuerda, reconvertido en un comunicador del mensaje igualitario; la antítesis de la sofisticación indie.

En un exceso de vehemencia, Lenore da un estruendoso puñetazo sobre la mesa en la que reposan la estética, el periodismo cultural, el consumismo y las relaciones sociales. "Los hipsters no quedan, coinciden", recuerda a propósito de un tuit que leyó al vuelo y que recoge aquí para ilustrar la fragilidad sobre la que a menudo se construyen los vínculos afectivos de esta generación que son muchas al mismo tiempo.

El engañoso título de este ensayo, ribeteado con el explícito epígrafe *Crónica de una dominación cultural*, lo ancla al prejuicio y a la crítica espontánea, no aclara su mensaje; lo perjudica, de hecho. Asegura Lenore que una escena cultural es dominante cuando no necesita justificarse; sin embargo, la moderna, es la escena cultural que ha requerido siempre una justificación implícita para explicar su existencia. Porque tan cínico es su mensaje, si es que lo hay, como lo es su forma de referirse a ella. Esta cultura cosecha incendiarias soflamas en su contra, porque la mayoría, hipster o no hipster, la considera demasiado sofisticada. Aunque, de hecho, sea todo lo contrario: banal y reduccionista.

La burbuja hipster se ha instalado en la sociedad como lo ha hecho la rampante lógica del mercado. En su origen, los modernos buscaban la transgresión sumándose a la libertad que ofrecía la bohemia cultural; hoy, recuerdan las poco más de 150 páginas de este polémico libro, los hipsters se desviven por formar parte de todo aquello que ya ofre-

ce el mercado. De este modo, se ha creado un criterio cultural hermético, del que es prácticamente imposible prescindir, piensa el periodista. Lo cierto es que en el presente parece no existir más rebeldía que la búsqueda constante de protagonismo, algo tan inofensivo que funciona únicamente como una excusa estética.

Lo colectivo no existe en el imaginario alternativo. El relato elitista de las revistas de tendencias y la publicidad, el nuevo canon cultural de los jóvenes y no tan jóvenes, desconfía de las soluciones políticas. El autor se afana en denunciar esta tendencia, que daña el paisaje social y el compromiso con la sociedad que aspiramos a construir. La lectura apresurada del libro invita a pensar en un autor cargado de ideas preconcebidas, porque el gusto estético no debería definarnos como integrantes de un colectivo tan extenso como la misma sociedad. Sin embargo, su análisis reposado confirma que la verdadera intención del mismo es un incómodo y claro llamamiento a la acción. Todos nos hemos hipsterizado, asegura Lenore; ahora toca tomar conciencia de ello.

Víctor Lenore
Indies, hipsters
y gafaspastas.
Crónica de
una dominación
cultural

CAPITÁN SWING
168 PÁGINAS
16 EUROS



un proceso similar al del autor. En su último disco, el recientemente editado *Resituación*, asegura haberse liberado de la primera persona y firma sus letras más políticas. También reparte estopa a las voces que han formado parte del *establishment* cultural en los últimos cuarenta años. En la canción *La vida manca*, canta: "Yo entraba en un chalet y percibía el hedor y vi un cuerpo hinchado y flotando boca abajo en la piscina, creo que era Miguel Bosé, y unos metros más allá Víctor y Ana mirando".

No hay nada más CT, más Cultura de la Transición, que esos tres músicos a los que acuchilla Vegas. El término CT, que acuñó el periodista Guillem Martínez y ha hecho fortuna entre los jóvenes opinadores politizados, se refiere al sistema social que heredó España del 76 y cuyo lema sería, según sus críticos, "yo o el caos". El hipster español, hasta ahora, podía no sentirse especialmente incómodo con los cimientos de la Cultura de la Transición (bipartidismo, pactismo interesado, la *omertà* respecto a la corrupción) pero sí sentía aversión o indiferencia, básicamente por razones estéticas, ante la cultura (con minúscula) de la Transición.

La cultura como adorno

Lo irónico es que Podemos, el partido que supuestamente viene a dinamitar la CT, si abraza al menos una parte de la cultura, de nuevo con minúscula, de la Transición, como se ha visto cuando han adoptado himnos de Javier Krahe, Mercedes Sosa y Lluís Llach en los mítines. ¿Y a qué se refieren, entonces, con lo de la *hipsterización*? La frase la pronunció Germán Cano, portavoz oficioso de la formación para temas artísticos en un acto reciente. Añadió que está en contra de "la cultura como adorno". Algo, en efecto, muy propio de los modernos del 2014 pero también de snobs y diletantes cualquier época. Según Cano, Podemos aboga por prácticas culturales "críticas, independientes, sostenibles y activas". ¿No entra dentro de esa definición lo que se hace en lugares supuestamente infestados de hipsters como el Festival de Cine Europeo de Sevilla (y antes el FicXixon), L'Alternativa en Barcelona, las galerías de la calle Fouquet de Madrid (donde tuvo lugar el acto de Podemos), los conciertos en el Heliogabal de Gràcia o los actos que tienen lugar en la librería Tipos Infames de Malasaña?, ¿No son también *independientes, activas* y muchas veces *críticas* las editoriales que rutinariamente se asocian con lo hipster, como Alpha Decay, Blackie Books y, de hecho, Capitán Swing, el sello que edita el libro de Lenore, así como muchas discográficas minúsculas que no podrían (ni querrian) negar su filiación indie? Nos atrevemos a concluir que, de la misma manera que no toda la casta es hipster, no todo hipster es casta. |

TEMA

Miércoles, 14 enero 2015

Cultura La Vanguardia

5